



En la sombra

Jordi Nopca



DESTINO

En la
sombra

Jordi
Nopca

Traducción de
Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1499

Título original en catalán: *La teva ombra*

© Jordi Nopca, 2019

Representado por Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

© Editorial Planeta, S. A. (2020)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© Raval Edicions, S. L. U., 2019

© de la traducción: Olga García Arrabal, 2020

Primera edición: abril de 2020

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5748-2

Depósito legal: B. 3.499-2020

Impreso por CPI (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

De vez en cuando, como si deslizaran una profecía, todavía me dicen que puedo cambiar el mundo. Que la suerte está a la vuelta de la esquina, o quizá en mi interior.

Pero ya tengo veinticinco años y aún vivo con mi padre y mi madre. Él perdió su empleo en el laboratorio donde trabajaba desde que se licenció tres décadas antes; ella se quedó en la facultad, primero como doctoranda, más tarde como profesora titular de Química Inorgánica. Los tres compartimos ochenta metros cuadrados en la periferia barcelonesa. En el mismo descampado donde los yonquis se pinchaban cuando mi hermano y yo éramos pequeños, levantaron tres torres de oficinas idénticas. Poco después sustituyeron el cuartel militar —donde, durante demasiado tiempo, los guardias me habían atemorizado con sus miradas de autómata— por las instalaciones de la Ciudad de la Justicia. Los edificios tienen ventanas mínimas y rectangulares, pequeños ataúdes que imagino acogiendo pájaros a punto de morir. En casa nos parecen espantosos, pero fueron diseñados por un tándem de arquitectos reconocido internacionalmente.

Joan, mi hermano, tiene la vida más encarrilada que yo: cuatro años atrás pudo instalarse en su propio piso. Hacía tiempo que trabajaba —es maestro en una escuela de Rubí—, y una noche, con ese gesto enigmático con el que se gana prácticamente a todo el mundo, dijo que

había llegado el momento de «abandonar el nido». Se marchó convencido de que no nos necesitaría demasiado, ni a mis padres ni a mí, y el tiempo le está dando la razón. A grandes rasgos nos entendemos bien, pese a que desde que se fue de casa cada vez nos vemos menos. ¿Será por eso por lo que nos aceptamos el uno al otro como si fuese la única posibilidad? Espero que no.

El año pasado solo nos vimos los dos solos durante la celebración de su cumpleaños: primero, habíamos almorzado con nuestros padres y las dos abuelas en casa, y al cabo de pocos días cenamos en un restaurante japonés del Raval donde no servían sushi. Estuvimos hablando de cine tanto rato que tuve que recordarle que mi sueño de dirigir películas hacía años que había pasado a la historia.

—Tienes razón —me dijo—. Ahora quieres ser antropólogo. Descubrir la última tribu que duerme con un plato dentro de la boca.

Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que aquel comentario podría haberme molestado, pero después de compartir una botella de vino blanco estaba de buen humor y no solo me reí, sino que añadí que en la carrera había una asignatura en la que precisamente nos enseñaban a meternos un plato en la boca.

—Es muy útil cuando viajas. Sobre todo si te gusta ir de pícnic.

Al cabo de un rato la conversación derivó hacia el culto a los muertos, un tema que me interesaba desde que un profesor había dedicado toda una clase a James George Frazer, uno de los grandes estudiosos de los mitos, la religión y la magia. Joan me hizo volver a poner los pies en el suelo: si quería hablar con propiedad de aquel autor, no bastaba con repetir la lección universitaria; debía leerlo directamente, confrontarlo, extraer mis propias conclusiones.

—En caso contrario —añadió—, lo único que conseguirás será revolcarte en la mediocridad.

Joan estuvo a punto de ir a Sitges en Semana Santa conmigo y con nuestros padres, pero al final se echó atrás porque tenía otro compromiso, cosa que seguramente quería decir que había quedado con una de sus novias secretas. Es la persona más reservada que conozco, lo que a menudo hace que sea casi imposible saber en qué anda metido.

La excursión a Sitges fue la única actividad especial que papá tuvo ganas de hacer durante las vacaciones: el resto del tiempo se lo pasó hibernando en el sofá o encerrado en su despacho, jugando al solitario. De camino nos desviamos de la ruta para pasar por delante del laboratorio del que lo habían echado un par de años antes, junto con el resto de los empleados, porque la sede española de la multinacional francesa donde trabajaba no era «lo bastante competitiva».

A pesar de que lo indemnizaron con una cantidad de dinero que debería permitirle llegar cómodamente a la jubilación, mi padre se hundió. Durante unos cuantos meses tuvo cita con el psiquiatra los lunes por la tarde. Acabó recetándole unas pastillas que debía tomar justo antes de cenar y que le provocaban mucho sueño. Volvió a fumar, lo dejó, se volvió a enganchar al tabaco y lo dejó una vez más. A menudo le dolían las piernas; mi madre y mi abuela decían que era una prueba evidente de mala circulación sanguínea y no dejaban de aconsejarle que fuera al gimnasio, pero en lugar de eso él se apuntó a un curso de cultivo y modelaje de bonsáis. De repente, lo único que le hacía ilusión era mantener con vida el olivo minúsculo que le había regalado mi tío por su último cumpleaños. Gracias a esta nueva afición, el médico le redujo la dosis de fármacos.

El día que pasamos por delante del laboratorio, papá estuvo a punto de dar un volantazo y parar el coche en la puerta donde miles de veces, con paciencia de cocodrilo, había esperado a que el guardia le abriese. «Buenos días.»

Al lado del edificio había una fábrica de galletas, y más allá, el almacén de un supermercado y una gran nave dedicada a la venta de pieles. Era un polígono industrial como cualquier otro, pero a él se le habían humedecido los ojos, y estoy seguro de que, si hubiese venido solo, se le habría escapado alguna lágrima.

—Lo veis, ¿no? —dijo, más a mamá que a mí, mientras dábamos la vuelta en la primera rotonda—. La de horas que echamos aquí. Qué mierda todo.

Pasamos otra vez por delante del laboratorio —teníamos que regresar a la autopista—, y papá fue murmurando palabras incomprensibles hasta que mamá le dijo que se calmase un poco.

—Estoy tranquilo. Estoy bien.

Yo veía que papá lanzaba miradas al retrovisor. Era como si un fantasma nos persiguiese. Ninguno de nosotros podía haber imaginado que al cabo de un rato aquel espectro haría acto de presencia enfrente de una pastelería de Sitges. Él nos reconoció primero. Llamó a papá por su nombre y corrió a estrecharle la mano mientras exclamaba:

—¡Qué ilusión! Leches, no esperaba que volviésemos a encontrarnos tan pronto.

El señor Solozábal se había encargado del mantenimiento de las máquinas de café y refrescos del laboratorio durante diez años. Acudía un par de veces por semana, siempre a primera hora de la mañana, porque también era conductor de metro, o eso decía. Perdió el trabajo casi al mismo tiempo, y dado que la cantidad de dinero que recibió fue irrisoria, tuvo que «reinventarse»: se había afiliado a un partido político —no nos dijo a cuál— y se dedicaba a reformar cocinas y baños a un precio «óptimo».

—Si alguna vez tienes una emergencia, ya sabes a quién llamar —le dijo a mi padre mientras le metía una tarjeta amarillenta en el bolsillo de la camisa.

Mi padre se pasó todo el día evocando el paraíso perdido del laboratorio, obligándome a recordar los *beagles*, los ratones blancos, los platos de ducha, las fuentes de agua con tres caños. Había empezado recordando aquellos cubitos de nieve carbónica que Joan y yo observábamos de pequeños mientras humeaban dentro de un vaso de precipitado lleno de agua: a los dos nos encantaba presenciar aquel espectáculo insólito, de película de ciencia ficción, mientras nos moríamos de ganas de acercar un dedo y tocarlos.

—Una vez que vinisteis al laboratorio, el señor Solozábal os invitó a una bolsa de patatas. Os chupasteis los dedos, ¿no te acuerdas?

Fingí que no lo había olvidado, con la esperanza de que cambiase de tema, pero no hubo manera, ni siquiera a la hora de comer: animado por el vino de la casa, reconstruyó una vez más la traición de la multinacional francesa. Él aseguraba que se había oído el complot, pero no le había dicho nada a nadie hasta que el día anterior a las vacaciones de Navidad, coincidiendo con el vermut durante el que los empleados se intercambiaban los regalos del amigo invisible, confesó su malestar a uno de los jefes de proyectos.

En el siguiente comité de empresa, celebrado en París, mi padre volvió a tener malas vibraciones. Durante el almuerzo, los directivos no pararon de reírse por lo bajini mientras hablaban con cordialidad de vinos y fútbol. Incluso dedicaron unos minutos a escuchar las consideraciones que un subdirector de Manresa expuso sobre «*l'éternelle question catalane*». Así lo había reconstruido en celebraciones familiares y en sobremesas más íntimas, o motivado por la lectura de un artículo de opinión sobre la crisis económica. En Sitges, la larga intervención finalizó con elogios dirigidos a la fuerza de voluntad y la capacidad de reinventarse del señor Solozábal.

—Tiene dos hijos pequeños, y me parece que su mujer no está fina —nos contó.

Antes de que le preguntásemos nada, se señaló la cabeza. El trastorno de la pareja quedaba acotado allí dentro, pese a que no precisó el origen ni su alcance.

Para tratar de desviar la conversación, mamá soltó una bomba de efectos retardados: dijo que quizá no fuese mala idea que el señor Solozábal viniese un día a casa y nos hiciese un presupuesto para reformar la cocina. Papá bebió un poco de vino. Al tiempo que depositaba de nuevo la copa en la mesa, retomó la propuesta.

—Ahora no es que sea muy buen momento.

—No lo será nunca. Tenemos la virtud de dejarlo todo para más adelante. Así, con un poco de suerte, se nos acaba olvidando y ya está. ¿Me equivocó?

—Ya empezamos.

Mamá lanzó unos cuantos reproches hasta que llegó al asunto más polémico de todos: las vacaciones. ¿Cuánto hacía que mi padre y ella no iban de viaje? ¿Cinco, seis años? El último país extranjero en el que habían estado era Turquía, y de eso hacía casi una década. Además, papá había insinuado que ese año podían prescindir de alquilar el piso de Calella: tampoco sería ningún drama quedarse en Barcelona, porque la ciudad estaría vacía, y siempre podían coger el coche y plantarse en la playa en un momento.

Al final de la comida los dos estaban de morros sin apartar la vista del mantel blanco; ni siquiera cuando yo intentaba distraerlos haciendo referencia a alguno de los comensales de las otras mesas, orondos y ruidosos. Había uno con pinta de mafioso que de vez en cuando soltaba una risa monstruosa. La chica que tenía delante le seguía el juego. Llevaba unos pendientes que brillaban bastante, y a mí me parecía que podían ser los dientes de oro de su antiguo amante, a quien habían asesinado semanas antes en un muelle neblinoso.

2

Nuestras vidas continuaron exactamente en aquel mismo punto hasta el mes de junio. Mamá salía de casa a las nueve de la mañana para acudir a la facultad, donde da —y dará, como mínimo hasta los sesenta y cinco— las mismas lecciones de siempre sobre química inorgánica. Yo me iba una hora más tarde al piso minúsculo donde junto con cuatro antiguos estudiantes de Comunicación Audiovisual conspirábamos para sacar adelante la web *definitiva* de información cultural y de ocio de Barcelona. Papá se quedaba solo, viendo la tele, archivando facturas, jugando al solitario o estudiando el diminuto olivo, el árbol mejor atendido y adorado de toda el área metropolitana. Dado que no tenía suficiente con las dos sesiones semanales del curso de cultivo y modelado de bonsáis, se había comprado una cantidad ingente de bibliografía, que ocupaba ya una balda entera. Mi padre apuntaba con rigor científico los consejos que los expertos daban para conseguir que su árbol mantuviese el estado de salud óptimo. En ocasiones eran opciones extravagantes e incluso antitéticas. Él las seguía al pie de la letra, y cuando se contradecían, elegía el camino que le suponía un menor esfuerzo. De momento, el bonsái aguantaba con estoicismo las podas y cualquier tratamiento.

Los cambios comenzaron una tarde en la que papá se encerró en el despacho para hablar por teléfono. Se pasó

allí un buen rato, y, aunque el sonido me llegaba amortiguado, podía escuchar que su interlocutor era un *extraño*: alguien con quien hacía tiempo que no hablaba y con quien no se sentía del todo cómodo.

—¿Te acuerdas del señor Solozábal? —me dijo después—. Acaban de ingresar a su mujer en el hospital. Se ve que ha tenido un ictus. Pobre hombre.

Al día siguiente por la mañana se presentó en el Clínico para dar apoyo moral a su antiguo compañero de trabajo y desearle a su esposa —Carme— que se recuperase lo antes posible. Por la noche estaba de mal humor, y no hubo manera de arrancarle valoración alguna sobre la salud de la mujer del señor Solozábal. Era evidente que no quería hablar de ello.

Unos días después me quedé de piedra cuando a media tarde sonó el timbre y papá invitó a entrar a su antiguo compañero del laboratorio. El hombre había venido para ver la cocina y hacer un presupuesto sobre una posible reforma. Ni mi padre ni mi madre me habían informado de ello. Aquella aparición no me gustó ni un pelo, pero aun así le pregunté si su señora ya había salido del hospital.

—¡Mi mujer está mejor que yo! —contestó—. Mañana le dan el alta.

—Me alegro —dije antes de quitarme de en medio, porque no quería tragarme la misma historia con la que el señor Solozábal debió de aburrir a mi padre, que nos observaba desde la puerta del lavadero, a punto de enseñarle la cocina.

A escondidas, mis padres habían decidido que era el momento de transformar de arriba abajo la estancia más modesta y singular del piso. Los muebles blancos y azules que la revestían se encontraban en estado precario desde hacía años. Las baldosas azules del suelo tenían cenefas estrambóticas que imitaban fósiles del Paleozoico. En un rincón había una mesa, ocupada por un microondas y decenas de prospectos de pizzerías.

La campana extractora encima del horno tosía cada vez con más furia. Antes de que llegase el día en el que se estropease, mis padres querían prescindir de ella, igual que del mobiliario. Lo mismo pasaba con el lavadero, un anexo de dos metros cuadrados donde había una pila, la lavadora, el cesto de la ropa sucia, un armario con decenas de cajoncitos llenos de clavos, tuercas, destornilladores y toda clase de miniaturas metálicas, y una escalera con todos los escalones colonizados por pares de zapatos, la mayoría de los cuales ya no utilizábamos.

—Tenemos que acabar con todo este desorden. Me pone muy nerviosa. Basta ya de tanta porquería —me dijo mamá cuando, aquella misma noche, intenté oponerme a las reformas.

—No es para tanto. A mí me gusta la cocina tal como está.

—Eso es porque nunca pones un pie en ella.

—No es verdad.

—Dime cuándo fue la última vez que nos hiciste la cena.

Estaba haciendo un esfuerzo por recordar, mientras miraba a mi padre para que me echase una mano, cuando fui a parar a una tarde en la que yo tenía once o doce años y, estimulado por una máquina de fabricar pasta que me habían traído los Reyes, me propuse preparar un plato de espaguetis al pesto con la única ayuda de Joan. Acabamos cenando muy tarde. La comida mereció la pena, o como mínimo esa fue mi impresión, aunque después de aquel gran esfuerzo guardamos la máquina de fabricar pasta en uno de los altillos más inaccesibles de la casa.

—Tengo una relación muy especial con esta cocina.

—Yo también —me interrumpió mamá—. Por eso mismo ha llegado el momento de reformarla.

—¿Y tiene que hacerlo el señor Idiazábal?

Rebautizar a las personas es uno de los únicos deportes que he practicado con constancia a lo largo de la vida.

Ha generado reacciones bastante negativas, sobre todo por parte de mi madre.

—¡Se llama Solozábal! ¿Cómo puedes ser tan poco respetuoso?

No me rendí a la primera: a lo largo de toda esa semana, mientras continuaba asesorando a los cuatro compañeros de Comunicación Audiovisual en aquella web con la que algunos creían que nos forraríamos, puse en práctica diversas iniciativas de protesta. La nueva cocina representaba un *upgrade* social inexorable, pero yo intuía que nuestra alma seguiría siendo de clase media.

—¿Cuándo tiene que volver *el señor*? —preguntaba cada tarde, sistemáticamente, como último recurso disuasorio.

Siempre recibía la misma respuesta enigmática:

—Antes de lo que crees.

Mis reacciones no aceleraron ni ralentizaron las obras, que no empezarán hasta principios de julio. Mi padre había terminado el último curso de cultivo y modelado de bonsáis. El olivo resplandecía gracias a las atenciones obsesivas que papá le dedicaba. Cada vez que alguno de sus amigos venía a casa pasaba por la habitación de las maravillas, donde el arbolito recibía una retahíla de elogios desmesurados. A la hora de la sobremesa, cuando la ingesta de licores comenzaba a nublar el cerebro de los invitados, mi madre anunciaba que habían decidido «reformular la cocina». Entonces se levantaban y dedicaban unos minutos a recorrer la carcasa del paciente terminal. Abrían las maltrechas puertas de los armarios; comprobaban que costaba cerrar los grifos del fregadero y que, encima, perdían agua; observaban, con un horror que por fuerza debía de ser postizo, las manchas de óxido de los flancos de la lavadora.

Fue durante la visita de una pareja de profesores de Química Analítica cuando me enteré de la enésima de las oscuras obsesiones de mis padres: tenían pensado viajar

a Escandinavia coincidiendo con el inicio de las obras. Dijeron que querían recorrer Suecia en coche, pero acabaron cambiando de planes después de visitar un par de agencias.

—Al final iremos a Islandia.

—¿Cuántos días me abandonáis?

—¿Es que siempre tienes que hablar así?

—La verdad siempre duele.

—Diez. Luego iremos a Teruel a visitar a Isidoro y Tristana.

—¿A esos amigos vuestros que hablan como si acabaran de salir de *El cantar de mío Cid*?

—A veces se hace muy difícil hablar contigo como si fueses adulto —se quejó—. Isidoro y Tristana forman parte de mi grupo de investigación en la facultad. Hace tiempo que nos están diciendo que vayamos a verlos. Cuando los llamé hace unos días me propusieron que nos quedásemos un par de semanas en la que había sido la casita de los guardeses de la familia.

Le dirigí una mirada a mi padre para que desmontase aquella situación perfecta con uno de sus arrebatos de pesimismo.

—Nos viene de perlas —aseguró—. No pagaremos un duro de alojamiento y haremos muchas comidas en casa.

—Supongo que no pretendes que esté allí encerrada todos los días. Tú estás jubilado y tienes todo el tiempo del mundo, pero yo...

Zanjaron la conversación en este punto, pero más tarde supe que mi madre había logrado el milagro de tener seis semanas seguidas de vacaciones, sumando un montón de días que la universidad le debía desde tiempos inmemoriales. Durante la última quincena de agosto tampoco tendría que pasar por el despacho: podría empezar a preparar las clases desde casa, siempre y cuando ninguna reunión la obligase a hacer acto de presencia.

El fin de semana previo a que se marchasen tuve que ayudarlos a trasladar la nevera y la lavadora al comedor. A la hora de clasificar en cajas de cartón las ollas, sartenes, vasos, copas y cubiertos, me escaqueé diciendo que había quedado con unos amigos. Para evitar el calor de la calle me pasé toda la tarde en el centro comercial que tenía más cerca, deteniéndome delante de cada escaparate de las tiendas de ropa y admirando la eficiencia de algunas dependientas a la hora de doblar camisas.

Cuando volví a casa, mi madre me había dejado encima de la cama un fajo de publicidad de comida *take away* y una caja medio llena de bolsitas de té rescatada del fondo de un armario. Tan solo conservé una que, a diferencia de las demás, no estaba envuelta. En la etiqueta ponía «Earl Grey», y en letras más pequeñas se especificaban los componentes y la procedencia. Aquella bolsita de té era especial. La guardé en uno de los cajones del escritorio antes de tirar el resto a la basura.

—Las demás se pueden ir a la mierda —anuncié en voz alta.

Mamá asomó la cabeza desde dentro de un armario donde estaban apiladas decenas de latas de conserva.

—¿Tienes que ser tan mal hablado?

Dije que sí con la cabeza y me fui a mi habitación. Al cabo de unos minutos mi padre me llamó desde el comedor para que le echase una mano. Había estado vaciando el congelador. Quería que bajase una bolsa de basura llena de fiambreras de carne y pescado que habíamos perdido la oportunidad de consumir. Cometí el error de abrirla. Los alimentos desprendían un olor rancio y echaban humo.

—Mira, parece la nieve carbónica de tu laboratorio —dije.

La comparación ensombreció a papá durante unos segundos; por mi culpa le tocaba revivir una vez más alguna anécdota laboral. En pleno acto de nostalgia, abrió

el tercer cajón del congelador y extrajo una bolsa de cubitos. Me la entregó para que cogiese un par y los pusiera en un vaso.

—Tráeme el whisky —me pidió mientras se encendía un cigarrillo que sacó no sé de dónde.

Se sirvió dos dedos. Asqueado, me fui a tirar la basura. ¿Desde cuándo volvía a fumar? En el locutorio que había prácticamente enfrente de los contenedores, un hombre abroncó a su perro cuando este hizo el gesto de lanzarse sobre mí. Le dije que no pasaba nada. Habría estado bien que me arrancase una mano de un mordisco, si eso hubiese conseguido aplazar el inicio de las obras.